

La universidad pública, la democracia y los desafíos educativos de América Latina¹

Paolo Gentili

Vivimos en América Latina el periodo de mayor estabilidad democrática de toda nuestra historia, una situación excepcional. Nunca hubo en América Latina, en doscientos años de independencia y emancipación, más de cuarenta años de historia democrática continua. Si bien, algunos países han sufrido inestabilidades recientes sobre esta mencionada “estabilidad democrática” de sus regímenes democráticos, por ejemplo, Brasil o Bolivia con los golpes que destituyeron a Dilma Rousseff o a Evo Morales, no cabe duda que estamos en un período de mayor estabilidad, en el cual se están dando procesos de alternancia política muy interesantes. Países que salen de gobiernos de derecha y eligen gobiernos de izquierda, países que pasan por procesos de emancipación, revolucionarios y esas revoluciones son derrotadas electoralmente y asumen gobiernos de derecha.

Hoy en América Latina la gran tendencia es el gobierno de izquierda, progresista y popular, teniendo como excepción en el Sur a Uruguay, Paraguay y Ecuador; es la región del mundo con mayor número de gobiernos de izquierda, es una gran zona de paz, donde no hay absolutamente alguna guerra declarada; sin embargo, en América Latina sigue habiendo problemas y lamentablemente son muchos.

Aunque somos una región de paz y vivimos el mayor periodo de estabilidad democrática en nuestra historia, somos, planetariamente, también la región más violenta, más desigual en que muchas de las promesas que la democracia hizo a nuestras naciones no se han cumplido, un lugar en donde se multiplican las formas estructurales de producción del racismo, de exclusión o segregación étnica, de violencias machistas y de género, discriminación de poblaciones en situación de mayor vulnerabilidad en un contexto económico de gran inestabilidad.

Si bien la inestabilidad se ha globalizado, en nuestra región repercute de forma muy particular, porque no solo vivimos la inestabilidad que vive el mundo de manera general, sino que la vivimos en una región en donde los grandes grupos que controlan las economías de nuestros países no han perdido poder ni beneficios o privilegios a lo largo de estos cuarenta años que hemos vivido la democracia.

Vivimos en la región de mayor injusticia fiscal del planeta. La región donde las familias más ricas y poderosas pagan menos impuestos, pero son las que más se quejan por pagarlos. Es muy probable que, si ustedes van a preguntarle a cualquier millonario de América Latina cuál es su principal problema, le va a decir que es el Estado que le roba mucho dinero. Sin embargo, América Latina es la región del mundo con mayor evasión fiscal del plantea, hay 945 mil millones de dólares (esto es casi un 30% de la riqueza de la región) que está en paraísos fiscales.

¹ Revisado y editado por REDISED. El sitio web donde puede visualizarse la conferencia es el siguiente: <https://www.facebook.com/UESoficial.SV/videos/527596282275028>

La universidad está recibiendo una inyección presupuestaria muy importante; sin duda, un gran avance. En general, cuando esas partidas presupuestarias se conquistan, es gracias al trabajo de los profesores y profesoras, de los alumnos y de todo el equipo de personal docente y no docente que hay en una universidad, no necesariamente de la generosidad del Gobierno. En todo caso, cuando se consiguen recursos financieros en las universidades, esos diez, veinte, treinta millones de dólares, equivalen a la fuga de capitales en cualquier país de América Latina en menos de media hora, todos los santos días en nuestros países.

América Latina también es la región donde los mercados de trabajo reproducen una estructural injusticia y precariedad provocando que gran parte de los trabajadores y trabajadoras no estén protegidas jurídicamente de los abusos de poder de los empresarios, que no tengan protección social cuando se jubilan y que nadie reconozca las décadas de trabajo, de sacrificio realizado; esos trabajadores son en general campesinos, campesinas, mujeres trabajadoras que han combinado el trabajo doméstico con el trabajo en actividades que en general llamamos informales, que lo único que tiene de informal es el no reconocimiento legal de sus derechos.

Somos una región con cuarenta años de estabilidad democrática, la más larga de toda nuestra historia, pero en donde los Estados tienen enormes dificultades para demostrar la capacidad para desarrollar políticas sectoriales e integrales que atiendan a los problemas estructurales que se repiten y repiten, sin solución alguna. Yo acabo de venir de una ciudad fantástica, Santa Marta -donde murió el gran libertador de América, Simón Bolívar, donde nacen las historias de Macondo de García Márquez- una ciudad mágica. Estas deudas que tiene América

Latina son como las deudas de Cándida Eréndira con su abuela desalmada, no se terminan de pagar nunca y cada vez se debe más; y hablo no de la deuda externa que también debemos; hablo de las deudas sociales, históricas, educativas, culturales, las deudas con los derechos de nuestros pueblos.

Hay un tema que sin lugar a dudas parece perturbador: según estudios que se han realizado recientemente, nunca la democracia tuvo tanta mala fama en América Latina, nunca estuvo tan mal evaluada. Hay muchas encuestas de opinión que se hacen sobre la democracia en América Latina. Latinobarómetro, en su última encuesta, hecha hace dos años, sobre qué opinan los latinoamericanos y latinoamericanas sobre la democracia, encontró que 49% de las sociedades latinoamericanas consideran que la democracia es mejor que cualquier régimen social, y sabemos que no hay muchos regímenes, hay formas de vivir la democracia. Muchas veces se discute si Cuba es una sociedad democrática y claro que lo es. Cuba ejerce la democracia bajo la fórmula de organización institucional y constitucional como en muchos de nuestros países; también las monarquías en Europa son democracias, de tipo parlamentaria, las hay también populares. Pero cuando a la gente le preguntan si le da lo mismo vivir en la democracia o no, 51% de los latinoamericanos dicen que les da lo mismo.

Esta información es bastante peculiar porque hay solo cinco países en América Latina en donde las sociedades dicen preferir la democracia a otra forma de organización: Uruguay, Venezuela, Costa Rica, Chile, Argentina y Bolivia. El Salvador se ubica justo en el medio de la tabla con 46% de la población que dice preferir la democracia, en Honduras solo el 30% y en Guatemala solo el 37%. Y la pregunta que deberíamos hacernos es por qué ocurre esto, por qué si durante tanto tiempo luchamos nosotros en América Latina

por la democracia (este país es un ejemplo de esto) por la igualdad, por la emancipación, por la justicia social. Hoy eso que tanto añoramos (la democracia), nos parece tan insatisfactorio. Hay muchas respuestas a esta pregunta, una puede venir de la educación y me gustaría compartir con ustedes esto. En las investigaciones que se están realizando se trabaja en la hipótesis siguiente: la crisis de la democracia está vinculada con la crisis de expectativas, de sueños, de ilusiones que la gente tiene. Esos sueños e ilusiones en América Latina están directamente vinculados a una promesa educativa.

Durante muchísimo tiempo, en esta que es la región más desigual del mundo, no de ahora, sino desde hace doscientos años, toda la gente se preguntaba: ¿Cuál era la razón por la cual algunos les iba tan bien y a otros les iba tan mal? ¿Cuál es la razón por la que algunas pequeñas minorías tenían tantas ventajas, privilegios, beneficios y otros vivían tantos infortunios? La principal respuesta que encontraron nuestras sociedades a ese dilema fue la educación. Es la falta de educación lo que hace que las grandes mayorías vivan en una situación de penuria y un reducido grupo de la población que si tiene acceso a la educación puede tener tantos beneficios, ganar tanto dinero, viajar, mandar a sus hijos a las mejores universidades del mundo, comprarse coches último modelo y vivir en casas confortables y fundamentalmente no morir de malaria, de sarampión o de las pestes medievales que todavía siguen existiendo en América Latina.

La razón siempre estuvo vinculada, repito, a una promesa ¿Por qué? porque se nos dijo que, si podemos avanzar en la educación, avanzaremos en el progreso. Y de cierta forma nuestros abuelos vieron efectivamente que esa promesa era verdadera y tenía asidero en la realidad; vieron que sus hijas

y hijos, cuando empezaron a estudiar, mejoraron, progresaron y se producían evidentes indicadores que mostraban como las generaciones siguientes eran mejores que las anteriores, como estaban mejor los hijos que sus padres, los nietos, las nietas que sus abuelos y que sus abuelas. Y se suponía que, si esto crecía y se expandía, todos íbamos a estar mejor.

Pero ¿qué ocurrió en América Latina en los últimos treinta años? Se cumplió una parte de la promesa. La educación se expandió de manera exponencial, aumentaron los indicadores de educación, no solo en la educación fundamental y media, sino también en la educación universitaria. Piensen que, en América Latina, más o menos a lo largo de una década, casi se duplica el número de estudiantes universitarios y universitarias que tenemos en nuestros países. Esto en algunos países ha sido una verdadera revolución. En Brasil, durante los gobiernos de Lula Da Silva y de Dilma Rousseff, la matrícula universitaria se duplicó en una década, pasó de 4 millones de estudiantes a 8 millones y medio de estudiantes universitarios. Es lo que se vive en países de América Latina. Por lo tanto, se dice que la primera parte de la promesa está cumpliéndose y realizándose, hay cada vez más oportunidades educativas.

Esto también se verifica, por ejemplo, en El Salvador. En Brasil y en Argentina en los últimos treinta años, se han duplicado las universidades públicas con relación a las que había. Sin embargo, donde más se ve el crecimiento institucional es en el sector privado; en las ciudades latinoamericanas se ven cada vez más farmacias y universidades, y menos cines, teatros, esa es la clave. Y a veces en muchas de nuestras ciudades, en cualquier garaje o donde había un supermercado se pone una universidad ofreciendo carreras que nunca en la vida han existido - juntando cuatro o cinco palabras mágicas como, por

ejemplo: Universidad Internacional del Desarrollo Cognitivo para el Nuevo Siglo; las carreras: Comercio Exterior para el Desarrollo Productivo, Tecnológico de la Inteligencia Artificial. ¿Para responder a qué? A una demanda cada vez mayor de formación de una sociedad cada vez más educada.

América Latina es la región más desigual del planeta, pero es donde más crecieron las oportunidades educativas en el mundo en los últimos treinta años, por lo tanto, la pregunta sería: ¿Por qué si cada vez tenemos más gente en las universidades, nuestras sociedades continúan siendo cada vez más desiguales? El argumento que permite entender esto, lo denominamos *el desencanto con la democracia*, que es también el *desencanto con la educación*.

Si antes la promesa de que el acceso a la educación garantizaba acceso a otros beneficios era funcional, en la actualidad esa idea ya no funciona pues, muy a pesar de tener acceso a la educación, los otros beneficios no se distribuyen de forma igualitaria, ni se distribuyen o se socializan mágicamente hacia los más pobres de forma igualitaria. Un estudio que se ha realizado en Brasil, aplicable en otros países, muestra que en los últimos treinta años el 65% de los beneficios generados por la espectacular masificación que tuvo el sistema educativo brasileño, fue capturado por el 10% más rico de la población.

En América Latina tenemos sociedades cada vez más educadas. Pero los beneficios que genera esa población cada vez más educada no se distribuyen democráticamente, sino que se concentran en los sectores que tienen más poder económico, una especie de expropiación, de extractivismo cognitivo que las familias más ricas hacen con relación al resto de la población. Los más ricos siguen siéndolo y más que antes porque la sociedad latinoamericana es más

educada hoy de lo que era treinta años atrás. Los que no se volvieron más ricos fueron los que se educaron en las universidades; por primera vez en la historia comienzan a ver esas familias que sus nietas y nietos, sus hijos e hijas, no están mejor que sus padres o sus abuelos; al contrario, están peor. Y ya sea en Brasil, en El Salvador u otro país latinoamericano, las formas de discriminación en nuestros países están vinculadas siempre primero a la clase, la cuestión social es la que más discrimina; pero a la cuestión social se le asocian las cuestiones de raza y el género, las que van siempre unidas y vuelven mucho más radical y profunda la desigualdad, la exclusión, la discriminación, la humillación, la segregación y la negación de derechos. Así, a las personas se les discrimina por ser trabajadores, pero cuando son trabajadoras se discrimina más y cuando son trabajadoras negras, mucho más.

En Brasil, el acceso a la educación de la población más pobre y fundamentalmente, de los negros y negras, campesinos, indígenas se produce en la universidad durante los gobiernos de Lula y de Dilma Rousseff. Es la primera vez que tienen acceso a la universidad esos sectores históricamente postergados. La tesis de la derecha de que cuando entraran los pobres a las universidades, estas iban a empeorar y que cuando entraran los negros y campesinos iban a empeorar todavía más, no se cumplió. Las universidades brasileñas siguieron siempre iguales, incluso cuando entraron los más pobres. Los únicos que tuvieron más oportunidades fueron los pobres, a los ricos no se les quitó ningún privilegio.

Ahora bien, ¿qué pasa con una mujer negra que hace treinta años tuvo la posibilidad de entrar en la enfermería y trabajar en un hospital público en Brasil y tiene una hija? Treinta años después, su hija se forma en la carrera de medicina en una universidad pública, algo que nunca había ocurrido.

La hija de esta mujer enfermera estudia medicina, se formó finalmente como médica y con buenas notas. ¿Qué ocurre, repito, cuando esa mujer negra, hoy en el 2022, sale de la universidad y va a al mercado de trabajo? Nadie la contrata como médica, porque en el mercado de trabajo de Brasil no hay espacio para las mujeres negras, médicas. Uno de los pocos países de América Latina donde hay profesionales negros en el campo de la salud es Cuba. Colombia tiene una población afrocolombiana inmensa y es muy difícil, que se abra la puerta a un médico o una médica negra. En general, los negros y las negras en Colombia son las asistentes de los médicos, no los médicos.

Las posibilidades que tiene de obtener empleo un hombre blanco que se forma en medicina es del 95%, en cambio, para una mujer negra es de 37%. ¿Qué ocurre entonces cuando esta mujer negra va al mercado de trabajo y no encuentra un trabajo como médica? Lo busca como enfermera. Pero a diferencia de su madre que trabaja en un hospital público, hoy no hay acceso a los empleos estables como había hace treinta años atrás, por lo tanto, empieza a trabajar como enfermera o como médica en las guardias en un hospital privado, en una situación de extrema precariedad. La madre de esa niña, después de haber hecho un esfuerzo titánico y gracias a su esfuerzo y al del gobierno de su país consigue que su hija estudie en una facultad. Pero, su hija está peor que ella y todo ese sueño sobre el progreso que le generaría la universidad, se le derrumba como un castillo de naipes. Aparecen, entonces, los medios de comunicación que no tardan en diseminar explicaciones provenientes del gobierno y los organismos internacionales sobre por qué ocurre esto y dicen: es un problema de calidad.

Toda la euforia con relación a la calidad en América Latina comienza fundamentalmente en los años 60s, cuando la educación superior empieza a

tener una gran expansión. La calidad pasó a ser un problema cuando los pobres empezaron a entrar a la universidad, porque antes nadie se preocupaba; cuando la educación se volvió más democrática; y se tuvo que explicar por qué los pobres que entraban a la universidad no tenían el mismo retorno que los ricos tenían cuando iban a la universidad. No es que los ricos tenían más dinero porque hayan ido más tiempo a la escuela, era porque los privilegios de los ricos siempre se mantuvieron inalterados, fueran o no fueran a la escuela. Por lo tanto, cuando se les dijo a los pobres que yendo a la escuela les iría mejor y esto no pasó, hubo que explicar por qué la escuela de los pobres no había sido tan eficiente como la escuela de los ricos. Y así se recurrió al invento de los rankings y las pruebas; empezaron a decir que había que educar a nuestros alumnos por competencias, para que cada uno desarrolle más las habilidades que tiene: lo que pasa es que los pobres quieren ser ingenieros, pero tienen que ser panaderos, tienen que ser obreros de la construcción, tienen que ir hacia donde tienen más habilidades cognitivas. Como si entre los pobres y los ricos existiera una diferencia de talentos de inteligencia y no de derechos y oportunidades.

En un contexto en el cual nuestras universidades fueron invadidas por los discursos de la calidad, los rankings y la pedagogía de las competencias, se enquistó en nuestras sociedades un discurso que durante mucho tiempo fue combatido y ahora parece ser sentido común: el discurso de la meritocracia. De acuerdo con esta explicación a algunos les va bien y a otros les va mal por el mérito, el cual tiene que ver con el esfuerzo, con las opciones; es una cuestión estrictamente individual. Entonces, al hombre blanco de clase media alta que estudia medicina le va bien porque se esforzó y a la mujer negra que estudió medicina y le va mal, no le va bien porque se esforzó menos. Ningún dato de la realidad

puede sostener alguna explicación sociológica sobre el mérito. Pero el sentido común, que atraviesa nuestras sociedades lleva a la gente a pensar que quien ahora no tiene lo que antes anhelaba tener, no es porque la sociedad funcione mal, sino porque ellos funcionan mal. Y se nos dice: hay que desarrollar las capacidades de emprendedurismo.

Nuestras universidades son invadidas por discursos actitudinales que generan una profunda despolitización de la educación. El tema de la politización de la educación es complejo. El problema no consiste solo en la militancia política, la participación estudiantil; tampoco en la presencia de partidos políticos en las universidades². La despolitización de las universidades no tiene que ver con la crítica a la politización del movimiento estudiantil, docente o la presencia de los partidos políticos en las universidades; sino, al desplazamiento del debate que las universidades tienen que hacer acerca del sentido de nuestras universidades: para qué sirven nuestras universidades. Se discute mucho y se publica en nuestros medios de comunicación muchas más noticias sobre la universidad que sobre cualquier otro tema del sistema educativo. O sea, cuando la gente habla de educación en general en los medios de comunicación, lo primero que aparecen son las universidades. Pero en general esos debates sobre las universidades no están vinculados a un debate público ampliado acerca de para qué sirven nuestras universidades, cuál es el sentido de la formación.

El gran problema de una región de paz, como América Latina, es la violencia. Este es el gran desafío que tiene cualquier sociedad; solucionarlo es la

extrema dificultad. Lo que parece claro es que quien lo soluciona tiene una indulgencia popular ganada por mucho tiempo. Pero la pregunta es qué hacen frente a este problema las universidades, pues son estas el lugar que la sociedad elige para producir el conocimiento, donde se forman los profesionales y es posible pensar políticas de seguridad ciudadana que resuelvan el problema. La pregunta es ¿en qué ayudan o contribuyen nuestras universidades a resolver los problemas de la desigualdad, de las violencias machistas, que se multiplican en América Latina?

Somos la región con el más alto número de feminicidios. Claro, los árabes suelen discriminar mucho más a las mujeres que nosotros, de eso no cabe ninguna duda: ellas no manejan, no se sacan el velo de la cara. Pero nosotros no queremos reconocer que aquí es donde más se asesinan mujeres; que esto ocurre con más recurrencia en el hogar, con su compañero, si es que así se le puede llamar a una persona que asesina a otra persona. ¿Qué hacemos como universidades frente a esto?

Hay un gran problema, decíamos, de racismo. Las mujeres negras en Brasil no consiguen empleos como médicas porque es una sociedad estructuralmente racista y porque las universidades se democratizaron antes que la sociedad, antes que se destruyeran las estructuras patriarcales y racistas que, en ese país como en toda América Latina, imperan. Colombia tiene una vicepresidenta, mujer, negra; pero el país sigue siendo racista. Por lo tanto, que la población negra tenga los mismos derechos que la población blanca no es una cuestión que se resuelve con el sistema educativo; es mucho más complejo. Y qué hacen nuestras universidades en la lucha contra el racismo.

² Algo que sucede en toda América Latina y en el mundo, dicho sea de paso, aunque parece que en Europa las cosas son siempre mucho mejores, también en la elección de rectores, en la definición de las políticas universitarias, los partidos políticos europeos tienen una enorme influencia.

En Colombia pasa lo mismo que en Santa Marta o en Santa Ana, que cada vez que uno se sube a un coche en una ciudad latinoamericana, dependiendo de la hora, puede tardar veinte minutos o dos horas. En Colombia, los chicos se levantan a las cuatro de la mañana porque tardan dos horas o una hora y media para llegar y entrar al colegio a las seis. Nuestro sistema de carreteras es pésimo y hay más coches que seres humanos; en las grandes ciudades latinoamericanas, las calles se pavimentan, se hacen puentes, sacamos los coches con terminación par e impar un día, hacemos túneles, cerramos retornos y los problemas empeoran y qué dicen nuestras universidades sobre esto. Lo primero que tendríamos que hacer es llamar a los universitarios de las carreras de ingeniería, de arquitectura, de urbanismo y ampliar el debate público; pero cuando ustedes tienen cualquier debate de estos en los medios de comunicación van a encontrar a cualquiera, menos a los que supuestamente están estudiando para resolver los problemas. A esto me refiero cuando digo que politizan nuestras universidades. Cuando a las universidades se las desplaza, estas se retiran, se enajenan del debate público sobre los grandes problemas que enfrentan nuestras sociedades.

Acabamos de pasar una pandemia, la cual puso en evidencia, entre otras tantas situaciones, que el mercado no nos va a salvar la vida. Y ¿por qué? Porque no podemos ir a comprar lo que nos cura a la farmacia de la esquina. Por primera vez, los ricos empezaron a morir rápido como los pobres. Esto no es una buena noticia. Buena sería que los pobres vivan como los ricos, no que los ricos mueran como los pobres. Pero se empezaron a morir los ricos como los pobres porque no había quien los cuidara, porque sus clínicas de lujo no tenían la vacuna y porque para hacer una vacuna había que invertir en salud y en laboratorios públicos. Y resultó ser que en América

Latina nadie tenía laboratorios públicos, exceptuando a Cuba. Entonces todos teníamos que comprar vacunas a quienes compraban el triple de vacunas que necesitaban, por las dudas, y no quedaban vacunas para nosotros -ricos y pobres. Descubrimos que si el Estado no compraba las vacunas nadie las podía comprar. Los ricos se fueron a Estados Unidos para vacunarse; algunos lo lograron, otros no. El Estado norteamericano se dio cuenta, aun en el Gobierno Trump, de que si le empezaba a dar vacunas a todos los ricos latinoamericanos se quedaba sin vacunas para los pobres norteamericanos, que también votan cada tanto. Entonces había que hacer algo en el sistema público de salud que desarrolla medicina básica y eso no lo hacen los hospitales solos, lo hacen los hospitales cuando trabajan con las universidades o las universidades que tienen hospitales.

Pero la pandemia no solo generó un problema de salud pública; también de educación pública, porque de la noche a la mañana, el 20 de marzo, el 94% de todos los estudiantes universitarios del mundo estaban en sus casas y sus maestras y maestros también, teniendo que educarse a la distancia. Durante doscientos años, nuestras maestras y maestros educaron a las élites o a las clases populares siempre frente a frente, rostro a rostro, mirándose a los ojos. Y por la pandemia tuvieron que hacerlo a la distancia y allí descubrimos que, si algún día vuelve a pasar lo mismo, tenemos que estar preparados y preparadas para hacerlo desde nuestras casas o desde donde sea.

Por cierto, después de la pandemia vino una guerra; en un enorme complejo escenario internacional que vuelve a poner de relevancia que vivimos en una extrema fragilidad nuestro futuro. También, hay un problema energético global y quienes puede saber cómo resolverlo son los que estudian en las universidades, ellos saben cómo mejorar la

extracción de petróleo, donde está el petróleo y qué hacer cuando se acabe el petróleo. No lo saben las empresas, las empresas son denominaciones jurídicas, que multiplican por miles de veces las ganancias de accionistas gracias a que en ellas hay gente que estudió en las universidades que se formaron en las mejores universidades públicas del mundo.

Las situaciones aquí mencionadas, conducen a pensar que hoy todos los problemas de nuestro planeta remiten a la educación. Esto nos obliga a poner la educación en el centro de las prioridades. Pero cuando le decimos a la gente que con la educación se gana más, las personas descubren todos los días que esto es mentira, que los que estudiaban están un poco mejor, pero que sus problemas no se acabaron.

La universidad es, entonces, protagonista por error o por proyección. Desde ella deberíamos estar pensando todos nuestros desafíos del futuro; pero la institución está cargada de una negatividad que se expresa en dos dificultades. Primero, en la dificultad que tiene para demostrar que la promesa sobre la cual estructuró todo su desarrollo era falsa; y, segundo, la dificultad que tienen nuestras sociedades de construir por sobre esa promesa otra promesa. Porque es falso que ir a la universidad a educarse, a estudiar, vale la pena porque vas a ganar más dinero. Los que van a ganar más dinero son los que ya lo tienen, los que ya lo tenían.

La Universidad de El Salvador tiene, como toda universidad pública latinoamericana, el desafío de ser uno de los espacios donde se debate el futuro, la seguridad pública, los derechos humanos, la igualdad, la propia democracia, los desafíos ambientales y desarrollos energéticos. Sin embargo, cuando la universidad se concibe solo como una fábrica de diplomas, de profesionales que van a

salir al mercado a salvarse cada uno como pueda, se le impone a ella un mandato que después, al presentarse las evidentes consecuencias frustrantes y desalentadoras de ese resultado, provoca que la gente culpe al sistema educativo.

El gran problema es, en conclusión, ¿cómo nosotros cambiamos la promesa? Porque esa promesa la hicimos nosotros también, cuando le dijimos a nuestros hijos e hijas y a nuestros alumnos: estudien para progresar en la vida. Aunque la idea de progreso que tiene todo el mundo sea la de volverse más ricos. Paren a alguien en la calle y pregúntenle: ¿Qué cree usted que es progresar en la vida? Seguro responderá: tener una vida mejor. Y si de nuevo se le pregunta ¿y qué es tener una vida mejor? su respuesta seguramente será: tener una casa mejor, un coche mejor, un sueldo mejor, ropa, un celular, viajar. Y eso está bien; es lógico que sea así. El gran problema es que las razones por las que la gente no tiene una vida mejor, no son porque no tiene educación solamente. Los otros temas no se discuten nunca.

Somos la sociedad más racista del mundo: el sistema, el mercado de trabajo, la justicia, las empresas, la cultura discrimina a negros y blancos de forma radical. En las ciudades de Brasil hay más negros que blancos. Si manejo mi coche, soy blanco, extranjero y la policía me para y me pide el documento y pregunta mi nombre y se da cuenta que soy extranjero, paso automáticamente. A todos los negros los confunden con narcotraficantes, vendedores de drogas; y los paran, los revisan y los miran y los meten presos la mayoría de las veces, sin que hayan hecho absolutamente nada. Y a ellos les seguimos diciendo todos los días que estudien porque si estudian eso no les va a pasar; pero, les va a seguir pasando.

Los problemas por los que la gente dice que

no lo va bien en la vida no los provoca el sistema educativo. Al contrario, el sistema educativo es lo que más mejoró en la vida de las personas y en vez de reconocerlo, lo que hacen los discursos dominantes del poder es denostarlo. Los discursos de la calidad ¿para qué vinieron? no vinieron para mejorar la calidad de la educación, vinieron para meternos en el debate de por qué nos va tan mal.

En la educación pasa una cosa curiosa. Nosotros compramos la promesa salvadora, redentora, social, liberal de que *la educación hace progresar el mundo*. Todo el tiempo estamos pensando que, de nosotros, como docentes, depende el futuro de la humanidad; nos lo dicen y lo decimos. No está mal ser el salvador de la patria; solo que como fracasamos, somos los culpables de que a la patria le vaya tan mal. Y por ello purgamos la penitencia, el castigo de ser los únicos profesionales que hace congresos para reivindicarse a sí mismos. Los congresos de educación en general son acerca del por qué la educación funciona mal, son congresos en donde hay mucha gente que viene y nos reta, y nos dice: si hiciera esto sería mucho mejor. Caso contrario, por ejemplo, los congresos médicos son para hablar de los progresos de la medicina; ese es el enfoque que nos diferencia a la educación de otros campos profesionales.

Para nosotros es normal llamar a un especialista en currículo que diga que el currículo que estamos usando es una porquería y que hay que cambiarlo, lo cual, generalmente, es verdad. Pero esto, aunque sea verdad no ocurre en las otras profesiones; es decir, no se presenta como avance, sino como crítica. Repetimos un espiral sistemático en la cual siempre la educación se carga de la responsabilidad de ser culpable de lo mal que estamos y no la responsable de los grandes avances que nos permitieron tener lo bueno que tenemos. Todo lo bueno que tenemos es

por otros motivos y todo lo malo porque el sistema educativo funciona mal. Esa es la despolitización de la educación a la que me estoy refiriendo.

Las universidades tienen en El Salvador, Honduras Guatemala, Cuba, Argentina, Francia y en China el mismo desafío: volverse protagonistas de un nuevo tiempo, de un mundo en transformación, que acaba de superar una pandemia y ya está viviendo una guerra. Como protagonista, la universidad debe ser un lugar donde se van a generar para los anteriores problemas algunas soluciones, tal vez no las mejores ni las únicas, pero, al fin y al cabo, soluciones. Por esta razón, debemos pensar la universidad como el lugar donde desarrollamos un papel y una responsabilidad social fundamental: educarnos como alumnas y alumnos, educar como profesores y profesoras, la de producir conocimientos colectivamente como comunidad educativa. Este es el gran papel que nosotros tenemos y eso es lo que transforma a la educación en un arma de futuro. Para ello hay que asumir el desafío de cambiar la promesa educativa.

La nueva promesa que la educación le hace a nuestra sociedad no es que a todo el mundo le va a ir mejor en su cuenta bancaria una vez que reciba su diploma. Para que a todo el mundo le vaya bien en su cuenta bancaria hay que cambiar el mercado de trabajo, el sistema político, de justicia, las relaciones sociales, la cultura, hay que cambiar muchísimas cosas, y entre todas ellas, la que hay que cambiar con mayor urgencia es la educación. Por lo tanto, que se pongan en la fila de la reforma los que defienden las reglas del mercado de trabajo, de la administración de justicia.

En la mayoría de los tribunales de nuestros países no hay mujeres o hay poquísimas, no hay negros ni negras. Si bien el sistema educativo discrimina racialmente, dentro de todos los sistemas

de poder que hay en la sociedad, el más democrático en términos de género, raza y social, sigue siendo el sistema escolar.

Diffícilmente en una fábrica se va a encontrar un gerente o gerenta negro o inclusive mujer y ¿por qué no hay mujeres? porque el mercado de trabajo discrimina en empleos, política, justicia, medios de comunicación. Quiénes están en el poder de los medios de comunicación han refinado más los mecanismos para seleccionar presentadoras con atributos físicos destacados para ponerlas frente a los noticieros. Ahora, los que manejan las noticias, los que escriben lo que dicen esas presentadoras suelen ser, en un 97% en América Latina, hombres.

En cualquier universidad de América Latina la mayoría son mujeres, es verdad que estamos bastante mal en la elección de las autoridades universitarias que siguen siendo casi siempre masculinas; porque entre las 200 mejores universidades de América Latina solo 40 tienen rectoras mujeres o tuvieron. Ni la UNAM ni la Universidad de Buenos Aires, han tenido hasta el momento una mujer rectora; la Universidad Nacional de Colombia ahora tiene una mujer rectora, pero son excepciones. A pesar de esas excepciones, el sistema educativo es mucho más despatriarcalizado, menos colonial y discriminador; es, de hecho, el sistema público más universal, abierto y democrático y por eso lo atacan, porque es mucho más fácil explicar el fracaso de nuestras sociedades culpando al sistema educativo que al mercado de trabajo, al sistema de administración de justicia, al de defensa de derechos

o a los medios de comunicación.

El gran desafío es entonces ¿cómo construir una nueva promesa para la educación y para los tiempos que hoy nos interpelan? Tenemos una posibilidad importante para pensar esta promesa, dialogar más entre nosotros, entre latinoamericanos y latinoamericanas, las universidades no van a poder afrontar este gran desafío, que interpela su futuro de manera aislada; lo podrán hacer si dialogan más entre ellas, si se construyen verdaderas comunidades de aprendizaje, de investigación compartida, de interacción regional, de dialogo.

Para finalizar, somos la única región del mundo en la cual nos podemos entender, podemos interactuar, podemos intercambiar, podemos comunicarnos en una misma lengua; eso para una política nueva de educación es fundamental y esto es lo que tenemos que tratar de hacer. Encuentros educativos como esté lo hacen, relacionándose, por supuesto, con Costa Rica, Honduras, Guatemala, con Cuba; pero también, dialogando mucho más. Ojalá que en el Segundo Congreso Nacional de Educación Superior haya más países de América Latina para poder pensar juntos el gran desafío que tenemos por delante: **politizar nuestras universidades, politizarlas con las grandes preguntas que puedan ayudarnos a pensar en los tiempos que queremos vivir.** Paulo Freire lo dijo, con la brillantez con la que decía todas las cosas: *no señores, la educación no cambia el mundo, aunque siempre nos dijeron eso, lo que la educación hace es cambiar a las personas que van a cambiar el mundo.*